



La mujer española en las elecciones

Ni "Carmen", ni Agustina de Aragón: "Señora Ama"

La primera vez que las mujeres surgen en la vida pública española sin reflejos de pintoresca galantería ni patéticos ademanes de protagonista heroica.

En la vida pública española, la mujer, hasta ahora, había sido o la *Carmen* de los romances castizos y las aventuras sentimentales, o la Agustina de Aragón de las epopeyas patrióticas.

El domingo surgió inédita la nueva gran figura femenina: la ciudadana, la sufragista.

Y pocas veces, el que pudiéramos llamar «estreno» de un gran tipo civil, se logra con tanta dignidad, con tan serena entereza, con tan fiel interpretación.

Sin aturdimientos ni nervosismos, sin gestos y sin gritos, la mujer subió al escenario de la vida nacional y escribió su primera página de civismo oficial con pulso sereno, consciente de sí misma y de su misión.

¿Qué se esperaba de ella? Sólo eso: serenidad, resolución en el cumplimiento del deber.

Y la mujer española fué una vez más el *Ama* hacendosa, diligente, lámpara en el hogar y señora en la calle. Y como «la perfecta casada», buena madrugadora. Ella dió ejemplo al hombre. Fué la primera que saltó del lecho en la mañana dominical del domingo y la primera que formó en las colas de votantes.

A las once del día 19 de Noviembre, en todos los colegios electorales de Madrid era doble que el de hombres el número de mujeres que habían cumplido con su deber de emitir el voto.

Un gran orden y una gran resolución. He ahí las características del sufragio femenino.

Serías, prudentes, graves, como conscientes de su papel de gran incógnita, de árbitros de la contienda política, ocuparon sus puestos ante las urnas.

Un detalle que pudo contrastar el menos observador.

A la puerta de los colegios electorales se formaban de continuo grupos de hombres, que cambiaban impresiones, que discutían, que mutuamente quizá pretendían influirse. En muchos se adivinaba un espíritu indeciso, vacilante, que quería orientarse aun antes de adoptar una actitud.

Las mujeres, no. Llegaban serias, decididas, y formaban silenciosamente en las colas.

Al modo americano, podrá decirse de ellas: «saben lo que quieren y por qué lo quieren». En filas enormes de mujeres agrupadas en el interior de los colegios, esperando su turno para votar, no se oían rumores, ni bisbiseos de charlas. Dismintiendo la leyenda, Eva no era murmuradora, ni algarera, ni exteriorizaba nervosismos. Cumplía su deber silenciosa y fuerte, con el mismo noble estoicismo que en el hogar afronta el trabajo y la responsabilidad y las contrariedades de la vida.

Ella fué el gran ejemplo y la gran lección de las elecciones. También ella seguramente la que imprimió su rumbo y su espíritu a la contienda.

La primera y más alta significación moral de las elecciones se le atribuye, y con razón, al voto femenino, al espíritu ordenado, reflexivo y conservador de la mujer.

Pero, ¿es que debía esperarse otra cosa?

La mujer, por imperio de su sexo, tiene un sentido creador, afirmativo. De ella nacen los hijos que perpetúan la vida; ella rige el hogar, cuya conservación necesita el doble estímulo de la paz y la cordialidad; en ella radican, para defensa de su obra doméstica, los nobles egoísmos sedentarios: el orden, la economía, el reposo, sedantes de la inquietud aventurera del hombre.

La mujer es, por esencia y potencia espiritual, conservadora de lo único que vale la pena de ser conservado: el amor, que es la razón de su pasado; la paz, que es la seguridad de su presente; el bienestar, que siendo la defensa de sus hijos, es la clave del porvenir.

La mujer española, al votar por vez primera, definió su tipo racial. No fué la *Carmen* novelesca de las leyendas galantes, ni la Agustina de Aragón patética de las batallas espectaculares. Silenciosa, digna y resueltamente, fué la *Señora ama* del amor, del hogar y de la prole que defiende todo eso con la noble serenidad de las decisiones hondas y los sacrificios callados.

FOT. CORTÉS

JUAN FERRAGUT